

ANTONIO ESCOHOTADO

con la colaboración de Jesús Bengoechea

LA FORJA DE LA GLORIA

Breve historia del Real Madrid contada
por un filósofo aficionado al fútbol




ESPASA

ANTONIO ESCOHOTADO

CON LA COLABORACIÓN DE JESÚS BENGOCHEA

LA FORJA DE LA GLORIA

Breve historia del Real Madrid contada
por un filósofo aficionado al fútbol


ESPASA

© La Emboscadura, 2021
© Real Madrid C. F., 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

© Antonio Escohotado, 2021
© Jesús Bengoechea, 2021

Editor: Jorge Escohotado Álvarez de Lorenzana

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 16.410-2021
ISBN: 978-84-670-6400-1

Imágenes de interior: © Real Madrid C. F., Centro de Patrimonio Histórico (Fundación Real Madrid); At,b Bilbao-Barcelona F. C./Campeonato Nacional de Liga, 1940-1941. Euskadiko Artxibo Historikoa-Archivo Histórico de Euskadi. Fondo fotográfico Germán Elorza Arrieta/C12F3_GE7103 y © Europa Press/Contacto.
Iconografía: Grupo Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

BREVE HISTORIA DEL CAMPEÓN MÁS LAUREADO por Antonio Escohotado

La luz del pasado remoto	17
Un fratricidio compartido	26
De la guerra caliente a la fría	29
La globalización primitiva del espectáculo	38
Presagios del siglo XXI	40
El penúltimo salto	45
El acicate de la rivalidad	54
Las metamorfosis del afecto	59

EL DETALLE DE LA GLORIA por Jesús Bengoechea

1. La polémica de la Segunda	67
2. Una tempranísima vocación universal	68
3. Los primeros <i>Galácticos</i>	70
4. El Atlético de Madrid, verdadero equipo del régimen	71
5. Las catacumbas del Real Madrid	73
6. Una historia de gratitud	77

7. La construcción del Bernabéu, fruto del ahorro de la clase trabajadora y la clase media madrileña	80
8. Desmontando la leyenda negra del fichaje de Di Stéfano	83
9. Con amigos como Franco, ¿quién necesitaba enemigos?	88
10. La figura trascendental de Saporta	90
11. Los eslabones de la gloria	91
12. Que vienen los <i>Galácticos</i>	94
13. Breve historia de algunos clásicos	97
14. Un club comprometido con el mundo en que vive	103
15. El Real Madrid y los árbitros	105
16. Real Madrid, presente y futuro	107

MANIFIESTO MADRIDISTA
por Jorge Escohotado

La diferencia	115
La exigencia	118
El goce	120
El homenaje	122

BREVE HISTORIA DEL CAMPEÓN
MÁS LAUREADO

por
Antonio Escohotado

Solo la experiencia acumulada justifica que un octogenario, otrora profesor de Filosofía, ose dirigirse al colosal número de seguidores conquistados por el Real durante más de un siglo para recordar su historia a grandes rasgos, contando con la colaboración de Jesús Bengoechea y de mi hijo Jorge para matizar algunos aspectos y profundizar en otros.

El azar hizo que teniendo nueve años estuviera en un palco del Maracaná cuando nuestra selección prevaleció sobre la inglesa en 1950 merced al gol de Zarra, eliminando al equipo del país que había inventado el fútbol en el mayor estadio jamás construido para su práctica. Brasil salió quemado muy amargamente del último partido, pero iba a ser el único en ganar hasta cinco Copas mundiales más adelante, y nos endosó un 6-1 en la liguilla previa. Molowny, un tinerfeño con sangre irlandesa, fue el único merengue incorporado a aquella selección, y como vino a almorzar un día a casa peloteó antes un rato con mis amiguetes en la arena de Copacabana, que al no estar compactada como las de Canarias promovió jugadores excepcionalmente fuertes y técnicos, capaces de controlar la pelota incluso allí. Como mi

padre acabó comprándonos camisetas rojas y calzón azul, creamos un equipo de seis que aprovechaba las pocas porterías con red levantadas en la playa, y así estuvimos hasta 1954, jugando contra otros mini equipos y a veces disfrutando de tocarla junto a los verdaderos genios, entre ellos Zizinho —el Cristiano brasileño de su tiempo— y de Chico, que le endosó un par de tantos a la Roja en el mencionado 6-1.

Zizinho, un mulato corpulento y bonachón, nos dejó boquiabiertos con un zambombazo al larguero capaz de desencuadernar una de las crucetas —recuérdese que eran balones de cuero, cuyo peso se podía doblar al empaparse y venir envuelto en arena—, y quizá no he conseguido cerrar la quijada del todo tras algo tan parecido a un acto sobrenatural. Sea como fuere, lo curioso fue que de vuelta a España el gambeteo carioca me llevase al equipo del colegio, y de allí a pisar una mañana el Bernabéu como potencial alevín, junto con chavales de otros institutos, donde reencontré a un Molowny que, por supuesto, no me reconoció. Tampoco le gustó a mi jefe que soñara siquiera con jugar en serio, advirtiéndome que el fútbol era cosa de infelices, donde solo poquísimos lograban ganarse la vida más allá de una década. Como entonces solíamos respetar el consejo paterno, me conformé con ser aficionado, una actitud sin duda menos arriesgada y sin límite temporal de la que sigo disfrutando casi a lo bestia, si me admiten la metáfora.

Qué gozada iba a ser en adelante ver fútbol, sobre todo siendo madrileño y de familia merengue, con un padrino —el tío Mariano— que me contaba las exce-

lencias de unos y otros desde los años 20. Vio jugar en el antiguo Chamartín a Bernabéu, un delantero al que llamaba «corajudo y eficaz», porque su forma poco fluida de moverse tampoco le impedía rematar con mucho tino. A diferencia de él, mis padres se tomaban el fútbol con algo parecido a un gentil desinterés, y desde la vuelta del trópico pasó tiempo hasta que mi jefe se compadeció del interés por ver al Madrid de las tardes gloriosas, y demostrara otra vez su largueza comprando dos tribunas de preferencia bien centradas, que entonces solo se conseguían muy caras y en reventa, para el partido total del año: la final de la segunda Copa de Europa en su antiguo formato, un 30 de mayo de 1957.

Años antes había pisado el césped de un estadio vacío, pero aquella tarde lo nimbaba el clamor de 125.000 personas —algo más de la mitad congregada en 1950 por el Maracaná—, y ya en los primeros cinco minutos vi cosas que no daba por posibles. La Fiorentina había ganado su Liga gracias ante todo a un extremo derecho brasileño de terrorífico disparo, Julinho, que le disputaría largamente a Garrincha su lugar en la selección, y como los italianos sacaron no tardó un segundo en cogerlo, regatear a dos, acabar cerca del banderín de córner y poner un centro tenso a la cabeza del delantero centro, cuyo remate se fue fuera por poco. Enmudecida la multitud, el impacto de su borceguí contra el cuero resonó como un disparo de escopeta, haciendo que la pelota volase cuarenta metros con la precisión de un pase corto. Segundos después Rial y Gento respondieron con una filigrana marca de la casa, avanzando con tres paredes que empezaron siendo un tuya-mía de cabeza y termi-

naron en un pase profundo aparentemente inalcanzable, aunque Gento nos levantó a todos del asiento llegando de sobra, y centrando con una potencia parecida a la de Julinho.

El resto del encuentro fue un tenso forcejeo, donde los italianos trabaron el juego hasta limitar las ocasiones de gran peligro a una arrancada vertical de Di Stéfano desde medio campo, que terminó en un castañazo salvado con una gran palomita por su portero. Asustado anduve viendo cómo resistía un equipo rocoso, capaz de ponerle las cosas difíciles hasta a él, cuando el árbitro pitó un penalti que don Alfredo convirtió a su manera: tomando una larga carrerilla y asegurándose meterla entre los tres palos, a menudo centrada pero demasiado fuerte para admitir reacción, como cuando los tenistas la tiran de cerca al cuerpo. Recuerdo que a mi padre —y a algún espectador próximo— le parecieron comprensibles las protestas de la Fiore, entendiendo que la falta pudo haber ocurrido sobre la línea, e incluso un palmo fuera¹; pero seis minutos después Gento hizo gala de su pasmosa velocidad, y salvó la salida del portero con un toque sutil.

Todos supimos que el Madrid volvía a ser campeón, y en el torbellino de impresiones juveniles se me quedaron grabadas ante todo dos. Una era el rubio que lo hacía todo absolutamente, incluyendo soltar la tarascada oportuna al broncas del equipo contrario; otra, un público no ajeno al sentido crítico, ni conforme con ganar de cualquier manera. Casi siete décadas después comprendo que hacerlo «en buena lid» —según reza el himno— fue decisivo para acabar ganando más que nadie,

de largo, y también que la pasión de Di Stéfano por el juego quedó impresa en el club como un aliento heroico, capaz de reaparecer antes o después con efectos devastadores para el rival.

LA LUZ DEL PASADO REMOTO

Pero basta de recuerdos personales. Sin perjuicio de ser ya mucho, ni la voluntad de excelencia, ni la excelencia encarnada por el propio don Alfredo, acaban de explicar cómo surgió la más prestigiosa e influyente de las instituciones españolas, así como una de sus más ingeniosas y sólidas empresas mercantiles. Solo repasar el ayer ayudará a tales fines, despejando de paso algunos malentendidos.

El Madrid lo fundaron dos próceres catalanes afincados en la capital, miembros de una familia adelantada a su tiempo que partió de un negocio textil fundado por el padre en Mataró, cuya hermana Matilde fue la primera licenciada en Filosofía y Letras del país. Los Padrós abrieron un amplio y un céntrico local —sito en la calle Alcalá esquina Cedaceros— con la novedosa tienda llamada El Capricho, donde por primera vez se vendieron lanas de cashmire y el más refinado algodón egipcio, que algunos confunden con una mercería cuando más bien llegó a superar los doscientos empleados y fue la sensación del momento, origen de la amistad entre Juan Padrós y Alfonso XIII, y de la cual partió el «Real» añadido a su nombre.

Como buena parte de la burguesía madrileña, la familia del rey frecuentaba El Capricho, aunque los Padrós

estuviesen lejos de ser conservadores a la antigua. Juan, el mayor, murió relativamente joven, legando su patrimonio a construir una densa red de albergues para indigentes; Carlos fue diputado liberal en tres legislaturas, y ambos defendieron a capa y espada el programa expuesto por la Institución Libre de Enseñanza, que acabaría logrando separar Iglesia y Estado en todos los niveles pedagógicos. La ILE evocó entre otros los denuestos del cardenal Sardá y Salvany, expuestos en *El liberalismo es pecado* (1884), pues para carlistas, integristas y neocatólicos un sistema educativo laico equivalía a rechazar cualquier dogma en materia religiosa, política o moral, y eso les pareció tan diabólico como ruinoso para colegios, institutos y universidades del clero.

Solo un abrumador apoyo nacional e internacional sacaría adelante su proyecto; pero lo cierto es que contó con él desde sus comienzos, y tiene gracia que fuesen alumnos de la Institución en su sede madrileña los primeros jugadores y directivos del equipo, cuando todos lo llamaban *football* y lo más sufrido de su práctica era hacerlo sobre tierra. Como cualquier entrada sería da con uno o varios por los suelos, jugar como es debido se pagaba con aparatosos rasponazos en manos y piernas, imponiendo a las sufridas madres hacer de enfermeras y de costureras remendonas, dependiendo de que sus hijos usaran calzones o pantalón largo durante los recreos.

Por supuesto, los Padrós no fueron ni mucho menos pioneros del balompié, un deporte que empezó a practicarse con entusiasmo a mediados del siglo previo, y floreció gracias a la competencia de Eton y Rugby, dos de las nueve *great schools* británicas, la segunda dedi-

cada al «juego de correr» y la primera al de «regatear» (*dribbling*); y tampoco fueron los primeros promotores españoles de este deporte, cuyo club decano fue el Recreativo de Huelva, sin duda porque durante décadas ningún complejo minero mundial se acercó siquiera al de Río Tinto, y la profusión de operarios e ingenieros ingleses empezó a difundir el juego en la provincia.

Pero sí fueron decisivos por combinarlo con el ideario de la ILE, y por ser Carlos Padrós quien firmó con delegados de otros seis países europeos el acta fundadora de la FIFA, no en nombre de España sino curiosamente en el de «Real Madrid F. C.»². Eso pudo contribuir a que su equipo cargara tan precozmente con el compromiso cosmopolita, un rasgo llamado a tornarse decisivo cuando Santiago Bernabéu se aplicó a crear el mayor escaparate de glorias futbolísticas, construyendo al efecto el primer campo español de aforo colosal, donde entre cuotas de socios y ventas de entradas fue habiendo dinero para contratar a las estrellas de donde fuese, hasta armar el primer ataque con cuatro foráneos, formado por Kopa, Rial, Di Stéfano, Puskas y Gento.

Por otra parte, tal hito se demoró algo más de medio siglo, y al correlacionar la historia del club blanco con la de otros equipos españoles descubrimos básicamente dos etapas. La primera se abrió en 1904, cuando diversos torneos locales y regionales desembocaron en un campeonato nacional rápido —por jugarse mediante sistema eliminatorio—, que empezó llamándose Copa del Rey, durante un fugaz interludio Copa del Presidente de la República y casi tres décadas Copa del Generalísimo, hasta volver a llamarse del Rey y de España indis-

tintamente. Desde su fundación crecerían tanto el volumen de aficionados como la pericia de las plantillas, aunque el país anduviese sumido en la resaca del 98, último capítulo de un Imperio en bancarrota desde el siglo XVI, que el fútbol reflejó limitando los equipos a las zonas con algún desarrollo económico, y repartiendo los primeros títulos de campeón entre la capital y vascogadas.

De hecho, no hay un jugador de renombre hasta 1919, y va a serlo Pepe Samitier —a quien se llamará «el Mago» por su dominio de la pelota—, que fichó inicialmente a cambio de un traje con chaleco y un reloj con números fluorescentes. Luego brillará y ganará buen dinero como goleador del Barcelona, y del Madrid, aunque no antes de que España asimile el balón de oxígeno derivado de su neutralidad durante la Gran Guerra. Tal cosa empezó pareciendo catastrófica material y políticamente pero redundaría en lo contrario, pues abastecer a los beligerantes revalorizó la ancestralmente devaluada peseta, con lo cual pudo acometerse la construcción de carreteras, presas, plantas fabriles y otras infraestructuras postergadas por los gabinetes previos. España llevaba décadas siendo un país envenenado por el caciquismo conservador y el terrorismo anarcocomunista, que tras fulminar a la Primera República —con la tercera guerra carlista y los alzamientos cantonales— quería y no podía convertirse en el país europeo desarrollado que le tocaba ser, por historia y situación geográfica.

Desgarrada por rencores sociales y regionales como los que provocaron la Semana Trágica de Barcelona (1909) y culminaron en el fiasco militar de Annual (1921), Es-

paña era una combinación de rabia, atraso y desidia capaz de llenar campos de fútbol, pero también de sufrir unos diez mil muertos durante día y medio en la guerra de Marruecos, a despecho de combatir contra vetustas espingardas. Teóricamente provistos de ametralladoras y artillería, once regimientos fueron llevados al desierto con agua potable para dos días, balas para tres y cirujanos privados no solo de anestésicos sino de formol y alcohol para esterilizar su instrumental, fruto de un Ejército que vetó sin rubor cualquier investigación en profundidad de la catástrofe. Por entonces solo el absolutismo ruso osaba lanzar masas indefensas como carne de cañón para empresas insensatas, y no en vano a Rusia le esperaba una guerra civil seguida por la más férrea y prolongada dictadura de los anales.

Parecida por miserias físicas y éticas al gigante zarista, España aplazó su estallido fratricida operando como despensa de alimentos, armas, uniformes, metales y carbón para los contendientes, mientras el surco abierto por Samitier lo irían ampliando leyendas como Zamora, que redefinió la función del portero y acabó recalando en el Real Madrid, al igual que el velocísimo Regueiro y los centrales Ciriaco y Quincoces³. Con ellos llegó el lustro más brillante desde sus orígenes, aupado sobre un crecimiento en entusiasmo y poder adquisitivo de sus socios, gracias al cual podrá inaugurarse en 1924 el primer Chamartín, un estadio con capacidad para quince mil espectadores y al fin de hierba permanente, cuando el club era una suma de castizos e internacionalistas, falto aún del rival interno que sería el Atlético de Madrid tras terminar la Guerra Civil.